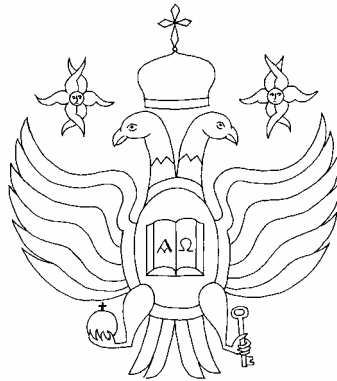


† EL METROPOLITA IOSIF



CARTA PASTORAL  
PARA LA NATIVIDAD DEL SEÑOR  
2004

A TODO EL CLERO, A LOS MONJES  
Y AL PUEBLO ORTODOXO  
DE TODA LA METROPOLÍA

*“Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis,  
porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos”  
Mt. 19:14*

Reverendo Padre,

Queridos fieles,

Hemos pasado este año, aún en época de ayuno y oración, el tiempo de preparación a la gran fiesta de la venida al mundo del Salvador Jesucristo, el Hijo de Dios, el que es *“de la misma naturaleza del Padre”*. Él es el Verbo vivo de Dios, *“por quien todo fue hecho”*, como confesamos en el Símbolo de la fe. Nos preparamos para poder recibir de nuevo la buena nueva de la Encarnación de Cristo y para comprender este misterio de misterios que se nos ha revelado, el misterio de la bondad de Dios: más concretamente, el misterio de Dios que se hace Hombre a nuestra semejanza, según la naturaleza humana, para elevarnos a nosotros a su semejanza por la gracia, que en la Encarnación, derrama sobre nosotros y sobre toda criatura. El Cristo viene hacia nosotros, en la humanidad, para revelar al Hombre cómo acercarse al Reino de los Cielos que Él trae al mundo mediante su nacimiento de la Virgen María. Lo trae al mundo, pero también a nuestras almas: *“el Reino de Dios ya está entre vosotros”* (Lc 17: 21).

Por la palabra que dejó a los apóstoles, a los discípulos y a todos los que iban a creer en Él, palabra contenida igualmente en el Evangelio, Cristo nos prepara para recibirlo entre nosotros y en nuestro interior como al Reino de los Cielos en persona.

De hecho, toda nuestra vida, desde el nacimiento y el bautismo hasta la muerte, es una **preparación** para el gran reencuentro, cara a cara, primero con Cristo, luego con el Padre celestial, con Dios glorificado en la Santa Trinidad. En la cuaresma de Navidad, vivimos la preparación para acoger y encontrarnos con Cristo como imagen y anticipo del encuentro último con el mismo Cristo que vendrá a juzgar al mundo, y a mirarnos a cada uno cara a cara. Nos preparamos y luchamos, mediante el ayuno y la oración, confesando nuestros pecados, a fin de ser revestidos en nuestra alma con unas vestiduras puras e inmaculadas. Y por eso viene al mundo ahora el niño Jesús: para traernos la paz, el perdón y la purificación de nuestros pecados y la alegría.

Sabemos que nuestra alma se purifica de la incredulidad y del pecado no sólo por nuestro propio esfuerzo, sino sobre todo por la gracia que el Recién Nacido derrama sobre nosotros y dentro de nosotros mediante el Espíritu Santo como un don gratuito. El Cristo nos perdona como Dios verdadero y Hombre verdadero que es, y su perdón es total. Nosotros necesitamos esta purificación para poder ser capaces de ver y recibir a Cristo con los ojos del alma y con la fe.

De domingo en domingo, así como en cada fiesta, damos gracias a Dios por regalarnos su perdón, por todos los dones que ha dado a nuestra alma y a nuestro cuerpo y que nos ha revelado por su Hijo en su Santa Iglesia: nosotros bebemos y nos alimentamos de ella desde la más tierna infancia.

No olvidemos que Dios nos hace igualmente partícipes de otro don, inapreciable para el Hombre: los niños. *“Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos”* (Mt. 19:14), nos exhorta el Salvador, queriendo así decir que **Él nos confía a nosotros un niño para que nosotros se lo confiemos a Él**. El niño que nace de nosotros no es simplemente fruto de un encuentro o de nuestro propio deseo, sino que viene por el don de concebir hijos, don implantado en nosotros por Dios mismo, ya que estamos hechos a su imagen y somos co-creadores con Él. El primer don que nosotros ofrecemos a Dios al recibir al niño en la familia es el bautismo – nuevo nacimiento, *„del agua y del espíritu”* – mediante el cual nuestro hijo es afiliado, es decir, que se convierte igualmente en hijo de Dios.

Muchos niños nacen hoy en nuestras familias. Nosotros los llevamos a la Iglesia y los bautizamos. Pero después no dejemos de hablarles de Cristo y del lugar que tienen con Dios. No pensemos que es suficiente con haberlos bautizado y que ya conocerán ellos solos a Dios más tarde. Si nosotros mismos no los educamos con el amor de Dios, luego les será difícil descubrir ese amor por sí mismos.

Para cada uno en particular y para todos nosotros, nuestro Padre celestial envía al mundo a su Hijo a fin de que nos prepare para **la Vida**. También nos ha dejado a la Iglesia. **¡Cristo nos prepara!** Pero a su vez nosotros tenemos el deber de preparar a nuestros hijos para acercarse a Dios. Enseñémosles que, en el Cristo que nace, nos es dado el privilegio de encontrarnos con el Dios verdadero, el Padre celestial que se encuentra y que se nos revela, no en el amor propio, egoísta, sino en el don de sí mismo.

El amor propio parece ser hoy en día uno de los pecados más graves y complejos con los cuales el Maligno consigue un gran poder sobre el mundo. El egoísmo, el odio al prójimo, la autosuficiencia, la indiferencia ante las necesidades y el sufrimiento del que está a nuestro lado, el enriquecimiento sin límite, la ausencia de piedad, así como los pecados corporales y muchos otros pecados que acarrearán la muerte espiritual, vienen del **amor propio sin Cristo**. El amor propio se desarrolla y se instala en el ser humano desde la infancia, porque los padres no enseñan a sus hijos que todo lo que tienen y todo lo que son provienen primeramente de Dios de forma gratuita, sin ningún mérito de nuestra parte. Sólo Cristo nos prepara y nos da el poder, a causa de lo que Él es (el Hijo de Dios), de superar esta debilidad y vencerla. Y además, ¿cómo podríamos hablar a nuestros hijos de amor y de don hoy en Navidad (que es la fiesta del don) sin hablarles del don de sí mismo que hace Cristo? Hagamos regalos a nuestros hijos y enseñémosles a hacer regalos, pero digámosles que el regalo no es más que un signo del don de sí mismo con el que Cristo nos da ejemplo mediante su venida al mundo. Cristo nos trae otra manera de amarnos a nosotros mismos, y otra forma de renunciar al amor propio: conociéndolo a Él, a Cristo, y viviendo con Él en nuestra alma. **¿Podemos verdaderamente preparar a nuestros hijos de esta manera para la vida y para la lucha contra el mal exterior y del alma? ¿Podemos prepararlos para la salvación?** He aquí la pregunta que la Iglesia plantea a la familia, a los padres cristianos. En todos lados, los servidores de la Iglesia están cerca de los padres para ayudarlos y para ponerse a su servicio en la educación y en la transmisión de la fe al niño bautizado. ¡Ayudémosles y trabajemos con ellos en la educación de nuestros hijos!

En el establo de Belén, Cristo nos trae la Vida más alta que la vida, la Luz más alta que la luz, la Verdad más alta que toda verdad. Él se hace *nuestro Camino, nuestra Verdad y nuestra Vida*. Alimentemos a nuestros hijos con el alimento de nuestra fe, preparándolos desde ya a la vida que les espera aquí, en este mundo, sin olvidar que la vida de aquí abajo nos prepara para la del Más Allá cuya puerta nos es abierta por Cristo mediante su nacimiento hoy en el mundo.

Os deseo a todos unas felices fiestas y un año nuevo lleno de la alegría y la bendición de Dios. ¡Felices fiestas a todos!

† El Metropolita Iosif

París, Natividad del Señor 2004